

José Ramón Alonso

Nuestros generales sublevados



Cierta «*moción parlamentaria no de ley*» acaba de aprobar un texto por el cual se condena a los generales sublevados en 1936, cuando entre dos Españas que se odiaban —«¿por qué los españoles se

odian tanto?», se preguntó Manuel Azaña— comenzaron unas matanzas que iban a concluir 986 días después, casi exactamente tres años. Con la victoria de generales monárquicos pero muy dilatada en el tiempo, el desenlace de toda aquella historia fue la segunda Restauración en la persona del príncipe don Juan Carlos.

Condenar a generales sublevados trae a la memoria las numerosísimas sublevaciones de la moderna historia de España. El primer sublevado fue el general **Conde de Montijo** —el título que llevaría la esposa de Napoleón III—, que se sublevó en marzo de 1808, para destronar a Carlos IV y poner en su lugar al vil personaje llamado Fernando VII. Ocho años más tarde se sublevaría en Cádiz el liberal **Rafael del Riego**, y poco después las tropas españolas que luchaban en el Perú. El resultado de ambos hechos fue el triunfo de Bolívar y de San Martín, los libertadores americanos.

¿Acabó entonces la etapa de las sublevaciones? ¡De ninguna manera, pues de hecho recomenzaban! El carlismo se alza en armas por primera vez en 1833, y en 1841 **Espartero** se subleva y es regente con el tratamiento de Alteza. Esta sublevación acabaría con otra fulgurante de **Narváez** y otros más —Prim entre ellos—, Espartero vuelve al poder en 1854, y en 1856 los cañones de O'Donnell bombardean el Parlamento. Una granada que no llegó a explotar fue a caer a los pies de un joven diputado que se llamaba **Práxedes Mateo Sagasta**, que en el futuro sería jefe del Gobierno siete veces.

Hubo un tiempo de descanso en las sublevaciones españolas, más pronto surge la frustrada de Prim y otros más. En 1868, Ejército y Marina se sublevan

en Cádiz contra Isabel II, que es desterrada y todo parece desembocar con el nombramiento como rey de Amadeo I de Saboya. Con la agitadísima primera república el general Pavía pone a los diputados en la calle. Gobierno una vez más el general Serrano —«el general Bonito», que había sido amante de Isabel II—, quien recibe el título de alteza serenísima, y en diciembre de 1874 el general Martínez Campos se subleva en Valencia con las tropas del brigadier Dabán. La primera Restauración, con Alfonso XII, se iniciaba.

Con pequeñas y frustradas sublevaciones, la paz interior vuelve por algún tiempo, y cantan las glorias del pasado numerosos poetas. Entre ellos Rubén Darío, con su célebre verso:

*«Ya viene el cortejo,
ya se oyen los claros clarines.
La espada se anuncia con claro reflejo.*

Ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines».

Uno tras otro, desde el tío Pedro hasta quien ustedes bien saben, ya hacían varias docenas los sublevados. Miguel Primo de Rivera triunfaría sin sangre en 1923, y los siguientes sublevados fueron Galán y García Hernández en 1930, y Ramón Franco y Queipo de Llano en los días inmediatos. Después de Sanjurjo, que en 1936 se mata en accidente de aviación, dará comienzo lo que un acertado historiador llamaría «la guerra de nunca jamás». La que daría fin el 1º de abril de 1939, no sin un extraño «golpe dentro del golpe», que sería el del coronel Casado, Julián Besteiro y Miaja, que no sin guerra dentro de Madrid obligan a Juan Negrín a exiliarse.

La historia de las sublevaciones parecía acabada, más faltaba la de Milans del Bosch en la Valencia de 1981, que no llegó a durar 24 horas, y aún no se sabe con certeza lo que aquel general, que era el más ardiente de los monárquicos, quería o deseaba. Hoy, acabado el ciclo de las sublevaciones, es la democracia la que cuenta, pastoreada por los partidos. Dejemos que el cieno del tiempo pasado descansa en las alcantarillas de la historia. Con el «cambio político» y la democracia, nos lo hemos ganado.